

Perspectivas contemporáneas  
de la investigación en ciencias sociales



# Perspectivas contemporáneas de la investigación en ciencias sociales

Miguel Armando López Leyva  
(Compilador)



Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Ciudad de México, 2020

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: López Leyva, Miguel Armando, editor.

Título: Perspectivas contemporáneas de la investigación en ciencias sociales / Miguel Armando López Leyva (compilador).

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2020.

Identificadores: LIBRUNAM 2086903 | ISBN 9786073034708.

Temas: Ciencias sociales – Investigación. | Investigación interdisciplinaria. | Innovaciones tecnológicas – Investigación. | Biotecnología – Investigación. | Etnología – Investigación.

Clasificación: LCC H62.P474 2020 | DDC 300.72—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones de Libros del Instituto.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición: noviembre de 2020

D.R.© 2020, Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias  
Cuidado de la edición: Adriana Guadarrama Olivera  
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán  
Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-3470-8

# Empatizar con el victimario. Dilemas metodológicos de la investigación etnográfica en contextos de violencia\*

*Marcela Meneses Reyes*

## INTRODUCCIÓN

A propósito de los retos, obstáculos, logros y dilemas de la investigación etnográfica, se han desprendido un sinnúmero de reflexiones acerca de la posición que debe ocupar el investigador<sup>1</sup> en el terreno y frente a los sujetos de observación; se han llenado páginas enteras sobre las angustias que ha tenido que enfrentar y las maneras –la gran mayoría de las veces exitosas– en que las ha resuelto para poder continuar con sus indagaciones. Se han lanzado culpas y cobrado facturas entre corrientes de pensamiento y métodos diversos; en fin, es muy posible encontrar manuales de metodología, etnografías y múltiples investigaciones que van dando cuenta no sólo de los resultados, sino del proceso –casi siempre accidentado– de las pesquisas, del papel

\* El presente artículo es resultado de la investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT-IA300518) de la UNAM, “La violencia como mecanismo de resolución de conflictos. Juventud y vida cotidiana en unidades habitacionales populares de la Ciudad de México”.

<sup>1</sup> Por economía de lenguaje utilizaré el término masculino de investigador. Sin embargo, cuando sea necesario, diferenciaré el caso de las investigadoras para evidenciar la experiencia particular de las mujeres etnógrafas como uno de los propósitos del presente documento.

que ocupa el investigador en ese recorrido, y de los efectos, las consecuencias y la utilidad de la investigación social para los sujetos de conocimiento.

Dichas reflexiones se han profundizado a propósito del trabajo de campo que se realiza en contextos de violencia, tal como ocurre para la academia mexicana, aun cuando dicha violencia no sea propiamente el objeto de estudio. Especialmente para la Sociología y la Antropología, el contexto de violencia atroz que impera en el país está moldeando de origen las preguntas de investigación, los terrenos de exploración, los ángulos de enfoque, los métodos, las técnicas, en pocas palabras, las posibilidades y los límites de la Etnografía, misma que impone la inmersión en el campo y el establecimiento de contacto, *rappport* y empatía con múltiples actores que participan del fenómeno observado, quienes en contextos de violencia suelen distinguirse entre víctimas y victimarios, aun cuando en la práctica y para el análisis tales distinciones se vayan difuminando.

En ese sentido, es posible advertir que en las investigaciones etnográficas sobre violencia ha imperado la voz de las víctimas, sin embargo, considero que limitarnos a una única perspectiva crea un punto ciego que no es para nada deseable en la necesidad de construir conocimiento, de suerte que en principio habrá que desmontar tal dicotomía para identificar que, en contextos de violencia, la posición de los actores es mucho más compleja y difusa. Por ello, para comprender lo más seriamente posible el fenómeno, habrá que conocer también los sentidos, los argumentos y las motivaciones de quienes en tiempos, espacios y relaciones específicas ejercen la violencia.

Sin embargo, al convivir, al conversar, al escuchar, al observar a los sujetos que en determinadas relaciones, tiempos y espacios identificamos como victimarios, sin duda un cúmulo de emociones, de ideas, de prejuicios y de temores se hacen presentes en el investigador. Si tanto hemos cuestionado al positivismo es porque estamos ciertos de la imposibilidad de la completa objetividad, de la neutralidad valorativa y de la anulación de las emociones por parte del investigador en el campo. Entonces, ¿cómo empatizar con alguien que actúa desde

un lugar considerado peligroso, inmoral o reprochable en la óptica del investigador?, ¿cómo hacer trabajo de campo a profundidad en estos contextos?, ¿cómo entablar relaciones de confianza con estos sujetos?, ¿cómo evitar los puntos ciegos en la investigación pasando por sobre nuestra propia integridad?

A continuación, retomaré la dimensión de la empatía con el fin de mostrar que, en tanto relación social, ésta tiene sus límites y obstáculos -contrario a la forma en que aparece cual receta milagrosa en los manuales de metodología-, máxime cuando la posición del investigador es de mayor vulnerabilidad frente a los sujetos que en tiempos, espacios y relaciones concretas pueden ser identificados como victimarios.

En un segundo apartado reflexionaré sobre los dilemas que el investigador enfrenta al momento de representar a sus sujetos de investigación. En este sentido, es posible identificar una constante en tratar de representar positivamente a ciertas poblaciones que suelen cargar con estereotipos negativos, o de manera lo suficientemente negativa a quienes son identificados como victimarios. Empero, esta representación extrapolada acarrea riesgos y límites a la comprensión y al conocimiento de los que es necesario advertir.

En un tercer pasaje haré una revisión crítica de algunas de las estrategias que han compartido sociólogos y antropólogos para hacer frente a distintos tipos de violencia durante sus investigaciones de campo. Sin embargo, todos ellos hablan desde su ser hombres y se dirigen a otros investigadores en sentido neutro, sin considerar que la posición de clase, género, edad, raza, etnia, capital cultural de los propios investigadores con respecto a sus sujetos de investigación, impacta sin duda de inicio en dicha investigación desde el momento y la forma de inmersión, el tipo de contactos, el tipo de información recabada y los resultados y hallazgos durante el proceso. Por lo tanto, me parece pertinente recuperar el testimonio de algunas investigadoras mujeres, quienes han evidenciado precisamente que su condición de género ha impactado favorable y desfavorablemente en su inves-

tigación, pero también en su vida personal, íntima, privada, y en sus expectativas y requerimientos institucionales.

Finalmente, hablaré de mi experiencia como mujer, como investigadora y –considerada en el campo de la academia mexicana– como joven, que ha dedicado buena parte de su trayectoria al intento por conocer y comprender diversas formas de ser y vivir de la juventud en México, muchas de las cuales están marcadas por la violencia en sus múltiples formas. A propósito, compartiré parte de mi proceso como responsable de una investigación realizada entre 2016 y 2019 en una unidad habitacional popular ubicada al norte de la Ciudad de México, en la alcaldía Gustavo A. Madero, la segunda más poblada de la ciudad que se caracteriza por sus altos niveles de marginalidad y exclusión, así como por la presencia de distintas formas de violencia cotidiana, las cuales han ido moldeando el propio desarrollo de la investigación.

#### LA CENTRALIDAD DE LA EMPATÍA EN EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN: ALGUNOS CUESTIONAMIENTOS

Una de las premisas básicas para el trabajo de campo radica en la necesidad de construir relaciones de confianza entre los investigadores y los sujetos de indagación (Tarrés, 2004), lo cual sólo es posible si se parte de la empatía que pueda establecerse entre ambas partes. Además, se impone al investigador el deber ineludible de hacer a un lado, o al menos cuestionar, sus propios prejuicios, poniendo en práctica permanente la autorreflexividad con el fin de comprender (Bourdieu, 1999) lo que sus interlocutores le están compartiendo, lo que está observando y las razones que la propia gente enarbola para ser, pensar y actuar como lo hace. Es así como el trabajo de campo implica un encuentro de subjetividades (Galindo, 1987), una relación de intercambio y conflicto entre el investigador –quien, desde sus propias condiciones de edad, género, clase, raza, etnia, cultura de pertenencia, etcétera, construye un conocimiento situado (Haraway, 1995)– y los sujetos de sus indagaciones, que a su vez cuentan con sus propias condiciones sociales, materiales y culturales de existencia.



En el plano del *deber ser* y de los manuales de metodología, la idea de empatizar con nuestros sujetos de observación resulta no sólo adecuada, sino necesaria. Al explicar los elementos clave que deben contener las entrevistas cualitativas, Vela Peón (2004) apunta a la tarea de establecer algún nivel de entendimiento mutuo entre entrevistado y entrevistador, el cual se facilita si el entrevistado se siente comprendido y no juzgado. Este nivel de entendimiento mutuo se conoce como *rapport*, que “se refiere al grado de simpatía y empatía entre el entrevistado y el investigador. Dicha relación existe cuando el primero ha aceptado las metas de la investigación del segundo, y procura ayudarle activamente para obtener la información necesaria” (2004: 85). Sin embargo, para conseguir el *rapport*, importa mucho la experiencia y el dominio de la técnica por parte del investigador, concluye el autor.

No obstante lo anterior, considero que en contextos de violencia y de suma diferencia cultural, las posibilidades de evitar cualquier juicio por parte del investigador –aun cuando no lo haga explícito–, resultan casi imposibles dada su propia escala de valores, sus creencias, su moralidad, su posición en el mundo y su manera de concebirlo, máxime cuando al que se tiene enfrente es al sujeto que ha ejercido esa violencia, con quien resulta más difícil empatizar debido al sufrimiento que sabemos ha provocado a sus víctimas.

Pareciera que esta receta del *rapport* y la empatía resulta viable siempre y cuando ese otro sujeto al que intentamos conocer y comprender sea lo más parecido al sujeto que investiga, o mientras su diferencia no atente contra la propia subjetividad del investigador. Es así como pensamos en un otro diferente pero no amenazante, con quien es posible empatizar a partir del encuentro, de la escucha y del conocimiento mutuo. Sin embargo, ese otro al que se ha intentado comprender ha sido, las más de las veces, el sujeto subalterno en las relaciones de dominación-subordinación imperantes sobre las que se ordena el mundo social: indígenas, extranjeros, mujeres, jóvenes, víctimas, por mencionar algunos.

En suma, considero que las diferencias culturales, materiales y sociales en las que la Sociología y la Antropología han profundizado, son generalmente las de la otredad no amenazante para el investigador, que puede generar no sólo empatía, sino simpatía en esa mutua relación. Así, por ejemplo, poco nos acercamos a los militantes de derecha si nos asumimos cercanos a los preceptos de la izquierda política; casi no investigamos a empresarios, patrones y autoridades, aun cuando solemos decir que pretendemos atacar las formas de producción capitalista neoliberal; menos aún escuchamos a los victimarios, si no es en un tono de reprobación moral que impera sobre la comprensión, asumiendo como propia la perspectiva normativa y/o de las víctimas. En suma, sociólogos y antropólogos plasmamos nuestro esquema de valores y nuestra propia moralidad en nuestros problemas de investigación, en nuestras preguntas y objetivos, en los sujetos a conocer y comprender, en los espacios a observar, en lo que nos resulta atractivo, agradable y poco amenazante.

En este sentido, Nitzan Shoshan (2015) ha apuntado a la predisposición de los antropólogos a trabajar con personas y grupos con quienes pueden identificarse, puesto que en el fondo temen *contaminarse* de la inmoralidad que impera en otros grupos. Este antropólogo que hizo investigación de campo con jóvenes neonazis en Alemania, ha partido de su propia experiencia para advertir sobre los puntos ciegos que se generan en la investigación antropológica al momento de evitar lo que nos resulta desagradable, esto es, lo que “reside en los ojos del espectador o, en otras palabras, remite a una serie de criterios elaborados dentro del universo discursivo de los antropólogos y sus públicos, sin tener en cuenta si las poblaciones estudiadas comparten o no esos juicios morales” (2015: 151). De suerte que “lo desagradable es una forma de mirada que señala una variedad de aspectos culturales que, en tanto son atribuidos a grupos específicos, resultan ofensivos a los que investigan y escriben sobre los mismos” (2015: 152).

Es por ello que en la investigación sociológica y antropológica impera el acercamiento a sujetos y poblaciones con las que es más fácil para el investigador relacionarse, porque de algún modo se siente

identificado con sus sujetos de conocimiento y desea, necesita sentirse seguro, tranquilo, protegido, para poder realizar su oficio con el mayor bienestar posible. Condición que en la investigación en contextos de violencia se ve fuertemente limitada sino es que imposibilitada, de lo que resulta que generar *rapport* y empatía es aún mucho más complicado.

En consecuencia, considero que el constante llamado a la empatía que se emite desde la investigación cualitativa pareciera resultar viable en tanto los problemas a investigar no cuestionen de fondo la escala de valores y la moralidad del propio investigador; en la medida en que desde el propio planteamiento del problema, éste sienta cierta afinidad y empatía por sus sujetos de conocimiento; siempre y cuando el campo de estudio le asegure su integridad física, mental y emocional, y en tanto pueda mantener cierta distancia segura entre su vida personal y su labor. Pero ¿cómo podemos generar estas relaciones de confianza, *rapport* y empatía con sujetos no sólo son muy diferentes a nosotros, sino amenazantes desde la perspectiva del investigador? ¿Cómo comprender a profundidad sin juzgar siquiera un momento, sin temer por un instante, sin dudar de la importancia de la investigación cuando estamos frente a los victimarios de la violencia, cuando estamos escuchando sus motivos, sus razones, sus validaciones sobre sus propios actos que sabemos han dañado a otros? ¿Cuánto estamos expuestos a ser lastimados de algún modo por ese mismo sujeto al que estamos entrevistando, escuchando, mirando, olfateando, percibiendo, tratando de comprender? En ese momento, considero, la capacidad humana de empatizar, comprender y sentirse confiado se ve del todo limitada para el investigador. Entonces, ¿qué hacer para enfrentarlo y no abandonar la investigación? Retomaremos esta pregunta más adelante.

## EL PROBLEMA DE LA REPRESENTACIÓN DE LOS ACTORES DE LA VIOLENCIA EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Otro temor relacionado que aparece permanentemente en las investigaciones etnográficas en contextos de violencia radica en cómo representar a los actores de la violencia, sean víctimas o victimarios. Este problema de la representación proviene del temor de sociólogos y antropólogos por reproducir los estereotipos negativos que pesan sobre ciertas poblaciones. Debido a ello, persiste una tendencia a representar positivamente a los sujetos de conocimiento, aun cuando lo que se observe en el campo confirme los claroscuros de todo grupo humano, y a pesar de constatar las formas de violencia que se pueden no sólo sufrir sino también ejercer, y que difuminan las fronteras entre víctimas y victimarios.

Paralelamente, existe el dilema de no representar de manera *suficientemente* negativa a ciertos grupos, especialmente cuando se trata de victimarios, tal como le ocurrió al mismo Shoshan (2015) al enfrentarse a la demanda de tener que representar lo más negativamente posible a los jóvenes neonazis con los que trabajó, a pesar de que en el trabajo de campo descubrió que su capacidad de ejercer violencia sobre otros por su condición racial no es el único elemento que les define, pues también son hijos, novios, amigos, estudiantes, es decir, que no siempre, ni todo el tiempo, ni de manera despiadada, están violentando a otros.

Por lo tanto, quienes hacemos investigación etnográfica en contextos de violencia estamos obligados a enfrentar permanentemente la tensión sobre la representación de quienes producen y reproducen la violencia. Pero, ¿cómo mostrar su capacidad destructiva y auto-destructiva sin descalificarlos en el intento?, ¿cómo comprender los motivos, las razones y las valoraciones de los sicarios, los feminicidas, los *dealers*,<sup>2</sup> los tratantes de personas, los asaltantes, los golpeadores, los linchadores, sin caer en un tono *moralino* y punitivo, por un lado,

<sup>2</sup> Vendedores de droga en pequeña y mediana escala.

o justificante y benevolente, por el otro?, ¿cómo no exaltar solamente esa dimensión de su identidad que no los define en su completud?, o por el contrario, ¿cómo mostrar su capacidad destructiva y autodestructiva sin caer en la “pornografía de la violencia” (Bourgois, 2009)? En suma, ¿cómo evitar el reemplazo de un estereotipo por otro?

En una crítica durísima a los trabajos de Mitchell Duneier (1999), Elijah Anderson (2000) y Katherine Newman (1999), Loic Wacquant (2012) señala que estos tres libros ilustran la generación de una “sociología de revista”, que se basa en los temas *sexy*, atractivos para el sentido común, para el mercado, y yo agregaría para el sistema neoliberal, en tanto se corre el riesgo de reproducir el discurso de la responsabilidad individual por el sufrimiento propio, dejando fuera de foco las condiciones que estructuran tales contextos, formas de vida, relaciones humanas y sentidos que todo eso tiene para las personas. En consecuencia, estos libros son ejemplo de una sociología que, en su empeño por no retratar negativamente a distintas poblaciones o por borrar todo lo que pudiera interpretarse como desagradable, transforman la investigación en un ejercicio de *higienización moral* que, con base en el empirismo, el moralismo y la despolitización, producen y reproducen los puntos ciegos de la investigación en campo y en contextos de violencia.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Este afán de *higienización moral* y de reemplazo de un estereotipo por otro, lo observo también en el campo de investigación sobre la juventud, pues se ha transitado del estudio sobre las formas de grupalidad que podían ser caracterizadas por el ejercicio de la “violencia juvenil”, imperante en la década de los ochenta, a un afán casi obsesivo por exaltar sus bondades, su capacidad creativa, organizativa y de resistencia, romantizando al sujeto joven, por un lado, y, por el otro, borrando de un plumazo las tensiones y contradicciones propias de todo sujeto y grupo social.

Aprovecho el espacio para señalar mi completo rechazo a la noción de “violencia juvenil”, en tanto atribuye la violencia a los jóvenes como si ésta fuera una característica o un elemento constancial de su condición. Desde mi perspectiva, la violencia es una forma de relación social, una acción social en términos weberianos, y como tal involucra a más de un sujeto sin importar edad, género, clase social, raza, etnia, en tanto está constituido socialmente y en tanto sus actos son juzgados como violentos por algún otro. Por tanto, se trata de una acción relacional y no de un atributo particularizante.

Ahora bien, a pesar de que en la investigación social la representación se basa en la escritura, existe otro tipo de lenguajes que pueden orientarnos en la confección de investigaciones polifónicas que recojan las voces de los múltiples actores involucrados en los fenómenos a estudiar.<sup>4</sup> Así, en contextos de violencia es igualmente pertinente, útil y válido comprender los sentidos que los actores otorgan a sus actos, sea como víctimas, sea como victimarios de la violencia. Pero para poder comprender esos múltiples sentidos, la búsqueda de una relación empática entre investigador y víctimas y/o victimarios es ineludible. Por tanto, *no existe otra opción* más que sumergirse en sus contextos, aun cuando estemos ciertos de que en ellos se practican abiertamente distintas formas de violencia, máxime cuando es ése propiamente el objetivo de la investigación: conocer y comprender cómo opera, cómo se produce, reproduce, transmite, funciona y se significa la violencia.

#### ALGUNAS ESTRATEGIAS PARA MANTENER LA INVESTIGACIÓN EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA

Si en verdad deseamos comprender ciertos fenómenos que se enmarcan en contextos de violencia, es imprescindible sumergirse en el campo de estudio a sabiendas de las dificultades que ello puede representar para el investigador en tanto persona, en tanto miembro

<sup>4</sup> Una forma de atajar el dilema de la representación proviene del lenguaje cinematográfico en el documental *La libertad del diablo* (México, 2017), dirigido por Everardo González. A través de este trabajo audiovisual es posible observar el afán de comprensión que orientó al director y a su equipo de trabajo, sobre lo que implica y significa la violencia para una multiplicidad de actores relacionados entre sí por esa misma violencia. Así, por medio de testimonios de niños, niñas, jóvenes, hombres, mujeres, víctimas, familiares de las víctimas, sicarios, policías, militares, todos por igual con el rostro cubierto por una máscara de color neutro, el espectador puede escuchar, observar y sentir las experiencias, los motivos y las valoraciones de víctimas y victimarios de la violencia criminal que azota a nuestro país, permitiendo identificar que en contextos como el nuestro, las posiciones dicotómicas e inamovibles entre víctimas y victimarios se difuminan fácilmente frente al dolor, el agravio y la injusticia, y que en este afán de comprensión de nada sirve la representación extrapolada, ya sea positiva o negativa de las víctimas y los victimarios, que suele ser recurrente en la academia y en el activismo.

de una profesión y en tanto practicante de un oficio. De suerte que ya algunos investigadores han dado luces sobre diversas estrategias para hacer frente a estos contextos y sacar adelante la investigación diseñada.

Francisco Ferrándiz (2008) parte de la metáfora del “campo minado” para explicitar que el impacto de la violencia ha transformado los escenarios de la investigación, imponiéndonos la necesidad de innovar teórica y metodológicamente sobre todo al hacer investigación etnográfica. Con esta imagen del campo etnográfico como campo minado intenta advertir a los estudiosos de la realidad social sobre la necesidad de “extremar las cautelas, a incrementar la precisión en nuestro quehacer, a diseñar hojas de ruta que anticipen los peligros y dificultades, a modular las distancias de investigación y análisis, a enfrentar los dilemas éticos, y a plantear estrategias de anticipación y desactivación de obstáculos” (2008: 94).

El autor identifica tres problemáticas principales al momento de hacer investigación en un campo de minas: *a) de accesibilidad*, que en su caso resolvió recorriendo las calles de algunos barrios populares de Caracas, Venezuela, por la presión etnográfica de vivir de primera mano los espacios estudiados. “Había ‘estado allí’, rozando la violencia hasta los límites de la ‘distancia prudencial’ que comprometía no sólo mi seguridad, sino la de mis informantes” (2008: 99), en un acto que hoy considera suicida y para lo cual propone, como una solución para investigar la violencia sin necesariamente ponerse en riesgo, la *antropología a distancia*: “única vía para proyectar la lente analítica de la disciplina sobre situaciones de violencia extrema en las que es imposible la presencia sobre el terreno, utilizando el método comparativo y la destreza profesional para extrapolar experiencias y procesos sobre situaciones que sólo podemos entrever a través de los medios de comunicación” (2008: 90-91).

Con la *antropología a distancia* el autor intenta poner a resguardo la integridad del investigador, quien enfrenta una segunda problemática en el trabajo de campo de minas, y es la de *b) representatividad* de los aspectos violentos en el conjunto del fenómeno estudiado. Para

Ferrándiz, los investigadores en contextos de violencia corren el riesgo de sobrerrepresentar los aspectos violentos de las personas y grupos que están estudiando con el fin de capitalizarse en el mercado académico, así que, para evitarse la tentación, él recurrió a la “etnografía a la distancia adecuada”, que le permitió establecer relaciones de “frialdad empática” con grupos delincuenciales o miembros de bandas.

Por último, el problema de la *c) representación*, que ataja con el argumento de que “las políticas de la representación en la antropología de la violencia se mueven en la delgada línea que hay a veces entre el ‘realismo’, la ‘denuncia’ y la ‘pornografía de la violencia’. En mi experiencia, el investigador siempre tiene una relación inestable y cambiante con las violencias que investiga, y eso le fuerza a replantearse con frecuencia, desde un punto de vista ético, su escritura y las consecuencias que ella pueda tener” (2008: 102).

En pocas palabras, lo que Ferrándiz plantea son estrategias para atajar algunas problemáticas en las que es prácticamente imposible para el investigador estar presente y hacer trabajo de campo. Así, por ejemplo, difícilmente se puede presenciar el momento exacto de una desaparición forzada o de un homicidio, y sin embargo se puede hacer etnografía, pero a cierta distancia espacial, temporal y afectiva, con prudencia y sin exponerse a sumarse a las filas de las víctimas de la violencia que se esté investigando. Igualmente, el investigador puede entablar relaciones de confianza y de empatía con los victimarios, pero frías y lejanas con tal de no comprometerse ética y moralmente y de no exponerse a ser violentado.

Si bien resultan atractivas y novedosas sus propuestas para investigar contextos de violencia, en lo particular me parecen superficiales y hasta contradictorias con respecto a lo que la etnografía significa y necesita para ser tal, en la medida en que la frialdad empática que propone como solución para el investigador será percibida por sus sujetos de indagación y sin duda permeará el tipo de relación social que se genere, y entonces, ¿cómo entablar empatía, *rapport* y confianza entre investigador y actores de la violencia?, elementos que resultan



prioritarios para el trabajo etnográfico y para una mejor comprensión del fenómeno.

Por su parte, Emiliano Rojido e Ignacio Cano (2016) son de los pocos sociólogos –a diferencia de los antropólogos que cada vez se involucran más en esta reflexión– que abordan los desafíos éticos y metodológicos que enfrentan los investigadores de campo en contextos de violencia. Los autores retoman los principios éticos consagrados de la investigación en campo para mostrar la manera en que se ven trastocados, cuestionados y hasta eliminados al momento de investigar la violencia; estos son: *a)* no causar daño a las personas o poblaciones estudiadas; *b)* preservar la identidad de las personas estudiadas; *c)* informar a las personas de la intención de hacer investigación sobre ellas; *d)* respetar la decisión de los sujetos de participar o no en la investigación; *e)* proporcionarles información sobre los resultados de la investigación, y *f)* tratar de beneficiar a las personas o grupos que participaron de ella, todo lo cual se dificulta y a veces hasta se imposibilita en situaciones de violencia.

Coincido con ellos cuando señalan que para llevar a cabo una investigación sobre violencia es necesario correr riesgos que se pueden minimizar en la toma de decisiones con respecto a las técnicas a utilizar, por ejemplo: el hacer etnografía que requiere de una presencia sistemática y constante del investigador en el campo, aun cuando su integridad se encuentre en riesgo; hacer grupos focales y entrevistas quizás hasta en un espacio distinto al del hábitat del sujeto de investigación, y del cual es más fácil entrar y salir sin comprometer del todo la integridad del investigador. También se puede elegir entre hacer “observación oculta” o “investigación confesa”, de acuerdo con el contexto de observación. Aun cuando la observación oculta ha sido denostada por la Antropología y la Sociología, algunas veces es útil cuando el comportamiento observado es ilegal; cuando revelar su presencia puede comprometer la seguridad del investigador, o cuando no hay opciones razonables para obtener la misma información si confiesa su presencia (2016: 38).

Otro de los niveles en los que se pueden tomar decisiones es el de las estrategias para entrar al campo. Para ello es necesario conocer previamente el terreno, para de alguna forma anticipar probables peligros; asimismo, es importante contar con un portero (Whyte, 1971) que oriente al investigador, que advierta de peligros y que contacte con otras personas que posiblemente acepten participar de la investigación. Los autores también sugieren contratar asistentes “nativos”, sin dejar de señalar los posibles sesgos o costos metodológicos que esto representa para la investigación. También se puede contratar informantes, aunque desde mi punto de vista la mediación del dinero puede empañar los resultados obtenidos.

Asimismo, los autores proponen la elaboración de un *protocolo de seguridad* compartido por todos los integrantes de los equipos de investigación, que contenga procedimientos, precauciones y normas a seguir para maximizar su seguridad. En la investigación de Cano y Duarte sobre milicias en Río de Janeiro (2012, citado en Rojido y Cano, 2016), ellos compraron teléfonos celulares para utilizarlos únicamente durante el trabajo de campo, sin compartir sus teléfonos personales; mantuvieron bajo custodia los datos de las personas a contactar sin llevarlos jamás al campo; sólo entrevistaron a personas de las cuales tuvieran alguna referencia previa; ofrecieron al sujeto de estudio entrevistarlos fuera de su comunidad, pagando los gastos, y para las entrevistas mandaban equipos de dos personas. Sin embargo, observamos que para crear un protocolo de este tipo se necesita de un cúmulo de recursos materiales y humanos con los cuales raras veces se cuenta. En general, en nuestros contextos, el trabajo de campo se realiza en solitario, con pocos recursos económicos, y en algunas ocasiones en entornos en los que la identidad del investigador no puede hacerse a un lado. Además, ¿cómo entablar relaciones de confianza, si la identidad y algunos datos básicos del investigador no son conocidos por los sujetos investigados?

Sobre la confianza, la proximidad y el *rapport*, los autores muestran las diversas posturas que se han explicitado al respecto. Por un lado, están los investigadores que señalan que no hay otra manera de com-

prender un fenómeno si no es a través del involucramiento profundo en el campo, decisión difícil de tomar y de sostener en contextos de violencia. Por otro lado, hay investigadores que señalan que en estos temas el “ser empático no es siempre posible, personalmente deseable y éticamente justificable”, lo cual demuestra que la neutralidad valorativa se pone más en jaque que en ningún otro objeto de investigación, y el imperativo de empatizar con los sujetos de observación cuando esos sujetos son los perpetradores de la violencia, se vuelve no sólo complicado, sino a veces imposible en tanto cuestiona al propio investigador sobre sí mismo, sobre su moralidad, sobre sus valores.

En suma, es posible advertir que la gran mayoría de los antropólogos y sociólogos que han reflexionado sobre los dilemas éticos y morales de hacer investigación de campo en contextos de violencia, en los cuales se impone la necesidad de entablar relaciones de confianza y empatía entre los sujetos cognoscible y cognoscente, son varones, y eso de origen imprime un sello particular en su experiencia como investigadores y en los límites y posibilidades de hacer investigación de campo en estos contextos, de suerte que las estrategias y recomendaciones que puedan brindar para hacer frente a estos dilemas llegan a ser útiles si pensamos en un investigador en abstracto o más bien varón, y no diverso por razones de edad, género, clase, capital cultural, capital social, raza, pertenencia étnica y características físicas y de carácter que nos distinguen y que indudablemente influyen a propósito de nuestra presencia en campo frente a nuestros sujetos de investigación.

#### ALGUNOS PASAJES SOBRE MUJERES ETNÓGRAFAS EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA

Las pioneras en problematizar la experiencia de las mujeres haciendo investigación etnográfica fueron las antropólogas feministas a partir de la década de los ochenta del siglo pasado. En una revisión sobre los orígenes, el proceso de consolidación y los aportes de la etnografía feminista, Patricia Castañeda (2012) muestra que autoras como Sandra Harding, Judith Stacey y Lila Abu-Lughod, fueron quienes comenzaron

la crítica radical a la etnografía clásica por haber olvidado diferenciar la experiencia de las mujeres, imprimiendo un sesgo notable a propósito de la mirada de los hombres. Además, la etnografía clásica tampoco consideró la importancia del género, que en conjunto con otras condiciones (clase, edad, etnia) definen la situación de los sujetos, el proceso de la investigación y los resultados obtenidos. Por tanto, la etnografía feminista apunta a resaltar las diferencias de género y, en particular, la experiencia de las mujeres en el trabajo de campo, para mostrar límites y posibilidades de la experiencia investigativa debido a las diferencias entre investigadores/as, en tanto sujetos en sí mismos y frente a sus sujetos de conocimiento.

Si bien ya es amplia la diversidad de propuestas y experiencias escritas por mujeres investigadoras que dan cuenta de los sinsabores que enfrentamos durante el trabajo de campo, son más escasas las que se refieren a las investigaciones en contexto de violencia encabezadas por mujeres. Es por ello que me parece pertinente recuperar el testimonio reflexivo de Verónica Zubillaga (2003), una socióloga venezolana que hizo investigación de campo con jóvenes varones de vida violenta, habitantes de barrios precarios de la ciudad de Caracas.

Zubillaga parte del hecho de que la violencia actual que se vive en las ciudades latinoamericanas es inédita y por tanto los retos para estudiarla son también novedosos. Así que su investigación, sin ser etnográfica, sí representó la necesidad de hacer visitas constantes a los barrios que estaba investigando. Fue gracias a un amigo que figuró como su intermediario, que pudo entrar en contacto con los varones que a ella le interesaban: los que poseían “una pistolita para defenderse”, según la expresión que utilizó en su discurso de presentación y con el cual evitaba el tono que pudiera representar descalificación o censura para esos jóvenes. Para la autora, este discurso de presentación sirvió para bajar las defensas; realizar una entrada amistosa y empática, y como canal para cruzar las fronteras de clase, cultura y género que la separaban de ellos, en tanto mujer, universitaria y joven. Empero, me pregunto si basta con este discurso para eliminar las fronteras que separan a la investigadora de sus sujetos de observa-

ción, y si eso salva a las mujeres de los peligros de hacer observación etnográfica en campos marcados por la violencia.

En su experiencia, ser mujer influyó de modo favorable en su estancia en el campo, pues la tasa de homicidios contra las mujeres en Venezuela en aquel entonces era muy baja y menos probable aún por razones de enfrentamientos entre pandillas o por estar involucradas en el crimen organizado, así que era casi imposible que pudiera ser confundida por alguno de estos jóvenes con el enemigo. Sin embargo, actualmente en México la muerte de mujeres por causa violenta es cada vez más frecuente. En esta situación, el hecho de ser mujer en México ya implica riesgos que pueden verse incrementados al hacer investigación de campo, máxime en contextos marcados por la violencia.

Otras investigadoras que, como Zubillaga, han reflexionado sobre las implicaciones de ser mujer realizando trabajo de campo (Reguillo, 1991), se han concentrado en dar cuenta de las dinámicas de seducción a las que se han visto sometidas por parte de los varones sujetos de sus investigaciones, lo cual para contextos de violencia como los que estudiamos, resulta incómodo, pero la mayoría de las veces manejable.

En cuanto a la cercanía, confianza y empatía indispensables para la investigación, Zubillaga explica que la participación en el campo es integralmente personal, nunca es neutra ni aséptica, al contrario: “demanda y exige al investigador profundos cuestionamientos éticos y políticos” (2003: 329) que ella enfrentó desde la necesidad de comprender al otro, que no de aprobar, tal como nos comparte cuando escuchó la confesión de uno de sus jóvenes entrevistados acerca del reciente homicidio que había cometido contra un niño de 13 años en un asalto. La investigadora señala que, si uno desea comprender al otro, no necesariamente debe juzgarlo, valorarlo ni aprobarlo, empero: “Tal aspecto, el cual parece evidente sobre el papel, resulta verdaderamente difícil sobre el terreno, sobre todo a la hora de trabajar con personas frente a las que –por reconocer su posición de franca desventaja estructural–, uno en tanto persona y sociólogo se siente profundamente conmovido. Por ello, en tanto socióloga, debía

hacer malabarismos entre cercanía y distancia, y a veces no queda muy claro hacia dónde se inclina la barra” (2003: 326).

“Profundamente conmovido”, ¿no muestra la diferencia de valores, de sentimientos, de creencias, de experiencias, de expectativas que se imponen en la relación entre investigador/a y sujeto de conocimiento?, ¿no implica un sentimiento de superioridad moral frente al otro? Esa compasión confesada, ¿no actualiza las jerarquías sociales, materiales y morales que existen entre sujetos cognoscible y cognoscente, máxime cuando ese otro es el victimario?, ¿no dificulta y a veces hasta imposibilita la empatía entre ambos?, y finalmente, el sujeto observado ¿no lo sabe?

#### ALGO DE MIS EXPERIENCIAS Y ESTRATEGIAS

Desde el año 2000 comencé a sumergirme en el campo de investigación en juventud, primero como estudiante de licenciatura, después como estudiante de posgrado, alguna vez también como documentalista y actualmente como investigadora universitaria. Desde mi primera pesquisa me quedó claro que ser una mujer joven tratando de adentrarse en contextos de violencia no sería una empresa fácil, así que tuve que echar mano de diversas estrategias para llevar adelante mis investigaciones y no fracasar en el intento. No obstante, no ha habido experiencia más fuerte y aleccionadora que la que estoy enfrentando durante la investigación que encabezo actualmente, con un equipo de estudiantes de licenciatura bajo mi responsabilidad.<sup>5</sup>

Todo comenzó en 2016, con mi incorporación al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para desarrollar la investigación titulada “La violencia como mecanismo de resolución de conflictos. Juventud y vida cotidiana en unidades habitacionales populares de la Ciudad de México”, la cual

<sup>5</sup> Agradezco el apoyo permanente de las y los estudiantes de Sociología y de Trabajo Social de la UNAM: Damariz Ortiz, Karen Sánchez, Nayelli García, Daniel Cisneros, Daniel Cruz, Guillermo Velázquez y Rashel Meléndez.

surgió de mi experiencia personal al haber nacido, crecido y realizado mi socialización en una de estas unidades habitacionales. Tuvieron que pasar 10 años desde mi salida de aquel terruño para que me fuera posible identificar las formas de convivencia cotidianas que se producen y reproducen permanentemente entre sus habitantes con base en la violencia, por lo que decidí emprender una investigación a profundidad sobre estos entornos urbanos actualmente en abandono y decadencia, a pesar de que en ellos habita una tercera parte de la población total de la Ciudad de México.

Para darle solidez metodológica a mi investigación he puesto en práctica diversas herramientas, todas con el fin de alimentar una investigación de corte etnográfico: visitas permanentes a la unidad habitacional; mapeos; diarios de campo; entrevistas a una multiplicidad de actores; fotografías; aplicación de un cuestionario a 121 jóvenes hombres y mujeres de entre 10 y 41 años de edad; revisión hemerográfica y *cibernografía* en un grupo de Facebook compartido por 15 778 usuarios en enero de 2019, fecha en que esto se escribe.

En un principio parecía una empresa fácil, dado que se trata de un espacio conocido en donde ubico de manera distante a varios de sus habitantes, pero ninguno con plena cercanía y confianza como para llegar fácilmente a sus hogares o preguntarles sin pudor sobre su vida privada o su experiencia barrial. Así que comencé como se empiezan todas las investigaciones: de manera solitaria, sin recursos y sin mucha claridad de por dónde comenzar.

Comencé entonces por volver a visitar los viejos espacios de reunión de jóvenes e identifiqué que quienes en mis tiempos lo eran, al igual que yo, habían dejado de serlo. Ahora había otros jóvenes, todos desconocidos para mí, por lo que no era sencillo mi acercamiento pues si bien para el campo de la academia mexicana soy joven, en las calles y en el barrio soy una mujer adulta quien por su sola presencia en un espacio predominantemente juvenil y masculino ya levanta sospechas. El momento más difícil ocurrió una mañana de domingo cuando al adentrarme en el *gimnasio*, una de las principales plazas

públicas de *La Unidad*,<sup>6</sup> me encontré en medio de dos bandos que se estaban disputando el control y posesión del espacio: un grupo de jóvenes, varones todos, aparentemente no habitantes de la unidad, fumadores de marihuana, quienes al mismo tiempo aprovechaban para ejercitarse en las barras colocadas para dicho fin frente a un grupo de vecinos, hombres y mujeres adultos todos, quienes por ser habitantes de *La Unidad* se autoasumen como los propietarios del gimnasio con el legítimo derecho para oponerse a la presencia de estos jóvenes. Ninguno de los dos grupos me reconocía como uno de sus miembros y ambos sospechaban de mi presencia, ya como integrante del bando contrario o como la encarnación encubierta de alguna autoridad, quizás delegacional. El caso es que no tuve acceso ni a uno ni a otro grupo, y me vi en la necesidad de retirarme del campo para planear otras estrategias de acercamiento.

Durante la planeación comencé a consultar diariamente el sitio de Facebook. Por este medio es posible dar seguimiento permanente a publicaciones de ventas, denuncias y otros sucesos cotidianos a los que se enfrentan diariamente los vecinos y que se difunden entre ellos, tales como asaltos, falta de agua, caída de árboles, pérdida de mascotas y otros imperativos que a sus usuarios les resulta pertinente compartir, y de donde se ha desprendido un ejercicio de investigación *cibernográfica* (Reguillo, 2012), el cual, “en combinación con la etnografía virtual, ayuda a poner énfasis en el estudio de la articulación entre los usuarios, las personas que navegan por la red, los cibernautas y el espacio mismo de observación, el ciberespacio” (2012: 142).

Mientras tanto, se fueron incorporando poco a poco estudiantes a mi proyecto de investigación. Por medio del servicio social, de becas para ayudantía y de becas derivadas de un financiamiento otorgado por la UNAM para el desarrollo de la investigación, fui conformando un grupo de jóvenes estudiantes, mujeres en su mayoría, quienes con más entusiasmo que temor se fueron sumando a la investigación de

<sup>6</sup> Por respeto y protección a sus habitantes, he decidido mantener en el anonimato el nombre verdadero de *La Unidad*, de mis informantes y del grupo de Facebook que utilizan.



campo. Así comencé a visitar *La Unidad* acompañada de este equipo, a guiarlos entre sus rincones, a contarles las historias que guardan sus andadores, sus plazas y sus habitantes.

Un domingo cualquiera de 2017 estuvimos haciendo observación de campo enfrente del gimnasio, pero lejos del grupo de jóvenes vendedores y consumidores de marihuana, quienes después de varios minutos de observarnos haciendo nada más que platicar entre nosotras, fueron bajando la guardia. Sin embargo, al fin de semana siguiente ocurrió algo impactante para todos, pero no inesperado para los habitantes de *La Unidad* y menos aún para los vecinos circundantes del gimnasio.

Recuerdo que a muy altas horas de una noche me llamó la atención un *post* de Facebook en el que se leía: “¿Eso fueron balazos?” Esta es una pregunta que aparece de manera recurrente en dicho grupo y a la cual suelen responder otros vecinos: “¡Sí! Proviene de tal o cual andador...”. Pero esta vez la respuesta fue: “ocurrió en el gimnasio, fue en las barras”. Y efectivamente, en el mismo lugar donde una semana antes habíamos estado mis alumnas y yo haciendo observación etnográfica, un joven había asesinado a otro de un disparo en la cara, y otro había salido corriendo del lugar, herido de gravedad.

Evidentemente tuvimos que retirarnos del campo y esperar a ver qué ocurría entre estos jóvenes, entre los vecinos y con las autoridades. Seguimos dando seguimiento por medio del Facebook, hasta que ya no nos fue posible mantenernos a distancia y volvimos a ver qué ocurría. Lo que encontramos fue desolador: una cruz de difunto rodeada de unas cuantas flores, colocada justo en el lugar donde había quedado tendido el cuerpo del joven asesinado, y junto a la cruz, el mismo grupo de jóvenes ejercitándose mientras fumaban marihuana y un reducido número de vecinos, habitantes de los edificios que rodean el gimnasio, en los que era evidente el miedo y el coraje contra los jóvenes y el deseo de expulsarlos lo más lejos posible de su entorno. Así comenzó un proceso de organización vecinal cuyo objetivo consistía en “recuperar” la posesión del gimnasio por medio de peticiones constantes a la delegación Gustavo A. Madero, para que enviaran

patrullas que detuvieran a los “drogadictos” o para persuadirlos y así evitar su presencia. Paralelamente se organizaron en comisiones de limpieza de la plaza y como vigilantes permanentes a través de sus ventanas. Ningún acercamiento, ningún contacto, ningún respeto por los jóvenes.

Y yo con el dilema de qué hacer: ¿cómo retomar una investigación etnográfica en un ambiente como éste?, ¿qué tipo de protocolos se vuelven útiles y viables para una investigación realizada en un contexto de violencia cotidiana, la cual es encabezada por una mujer joven, de reciente incorporación a una institución académica de prestigio, sin más recursos que el que la misma institución le ha otorgado?<sup>7</sup> ¿Cómo proteger a las y los estudiantes durante sus trayectos y su estancia en campo y cómo impedir que el miedo nos paralice hasta el punto de abandonar la investigación?

Mi primera opción fue buscar los canales institucionales que nos dotaran de cierta seguridad durante el trabajo de campo, de suerte que consulté sobre la posibilidad de otorgarles un seguro de vida a las y los estudiantes. Hasta ese momento me enteré de que dicha figura sólo es posible si la investigación se realiza fuera de la Ciudad de México, por tanto no aplicaba para mis estudiantes debido a que la investigación se realiza en la misma ciudad, sin importar que para llegar a la unidad habitacional sea necesario invertir dos horas de ida y dos horas de regreso, y sin importar que durante los trayectos se corra el riesgo de sufrir un accidente o algún asalto en el microbús, acto bastante frecuente para los habitantes de *La Unidad* que se trasladan en transporte público. Si el respaldo institucional para los investigadores que nos encontramos haciendo trabajo de campo en contextos de violencia es mínimo, para los estudiantes es nulo. Así, la responsabilidad recae únicamente en el investigador. Si algo le sucede, será su responsabilidad por haberse metido a investigar en

<sup>7</sup> El equivalente a 10 000 dólares anuales, destinado en su gran mayoría a becas para que estudiantes recientemente egresados de la licenciatura puedan desarrollar sus propias investigaciones y titularse por medio de una tesis.

contextos de violencia; si algo les sucede a sus estudiantes, será su responsabilidad por haberlos lanzado al vacío sin paracaídas.

Y así lo asumimos. Lejos de idealizar, debo reconocer que la valentía de las y los estudiantes y sus ganas de aprender me convencieron de dejarlos retomar el trabajo de campo. Para ellas y ellos *La Unidad* no representaba peligro alguno y, por el contrario, la veían como su única oportunidad de poner en práctica todo lo aprendido en las aulas y a través de los libros; como su mayor oportunidad de hacer y vivir la etnografía en carne propia, tal como Clifford Geertz (2005), Philippe Bourgois (2009, 2010), Javier Auyero (2013), Løic Wacquant (2012), por mencionar algunos autores, lo exponen en los textos que semestre con semestre leen los estudiantes de Sociología. Así que cedí, porque luego comprendí que para ellos no representaba un peligro mayor, comparado con sus contextos de pertenencia: Iztapalapa, Nezahualcóyotl, Valle de Chalco, que eran las zonas de las cuales provenían los estudiantes que conformaban mi equipo de investigación, así que la presencia de drogas, asaltos, balaceras, recorridos de largas distancias por la ciudad en transporte público, no era algo desconocido ni atípico para ellos.

Además a los estudiantes, por razones de edad, les fue más sencillo que a mí platicar con otros jóvenes sin prejuizarlos por su apariencia, sus gustos y sus prácticas. Así que regresamos a *La Unidad* dispuestos a aprender y comprender, y gracias a la capacidad empática que debemos desarrollar de manera ineludible aun en contextos de violencia y, más aún, frente a quienes son considerados los victimarios, pudimos adentrarnos nuevamente en el gimnasio. Fue entonces que el equipo de investigación que me apoya logró sentarse una y otra vez con los jóvenes consumidores de marihuana para platicar largamente, aplicarles los cuestionarios encomendados, tomarles fotografías, hacer entrevistas y salir adelante en el proceso de investigación sin un rasguño ni la mínima amenaza, pero eso sí, con una riquísima experiencia etnográfica a cuestas.

Una vez concluido lo anterior, decidí ir sola a buscar a viejos conocidos. Fue así como me reencontré con Gael, de 39 años, uno de

los principales “legítimos victimarios”<sup>8</sup> de entre los habitantes de *La Unidad*. Gael fue mi compañero de clases en segundo año de primaria, cuando ambos teníamos seis años aproximadamente. Hijo de un policía judicial, desde siempre tuvo en casa armas de fuego. Amante del fútbol, bueno para los golpes, dueño de la calle junto con sus hermanos y amigos, con el paso de los años se ha convertido en uno de los mayores legítimos victimarios de mis reflexiones, pues es capaz de ejercer violencia de forma brutal contra aquellos que atenten contra su seguridad, la de los suyos y la de otros habitantes de *La Unidad*, convirtiéndose así en victimario él mismo, pero ante sus ojos y los ojos de quienes le rodean, con la legitimidad para serlo.

Y es que aquí cualquier güey, o sea tú conoces a todos los de aquí y dices “a este güey no lo conozco” y si está dando esos roles vas y dices, “oye carnal ¿tú qué pedo?, ¿qué haces aquí? Llégale”, “no que yo que acá”, “tú no vives aquí pa’ empezar”, y aparte ese día fue una de esas que agarramos y haz de cuenta que desde el [andador] 6 lo veníamos viendo por acá y este güey estaba esperando a alguien pa’ robar, y me dice un güey “mira, yo me voy por allá, el otro por acá” y me dice “tú te vas por en medio”, y le digo “pu’s va, pero pu’s namás pa’ correrlo”, “sí, que la chingada” y haz de cuenta que yo voy hablando por teléfono, por en medio de aquí y voy y haz de cuenta que el este güey me ve como que no, “ya me chingué a este güey, viene con su celular”, pero yo le venía hablando a Pablo que vive aquí en el otro andador y haz de cuenta que voy caminando y dije “pu’s chale, voy a llegar muy rápido, como que camino más lento”, y en eso veo cómo el güey que se fue de ese lado lleva un palo y que llega y “¿qué haces aquí? hijo de la chingada”, “pum pum pum [en alusión a golpes]” y haz de cuenta que pu’s el este güey se echa a correr ¿no?, y dije “pues va, ya

<sup>8</sup> Con la noción de “legítimo victimario” me refiero a la violencia como un elemento del proceso de socialización de los niños y jóvenes habitantes de estos entornos urbanos populares y que es común en la convivencia y resolución de conflictos cotidianos, por tanto, su práctica resulta legítima para la comunidad de pertenencia, siempre y cuando no supere los límites de lo socialmente aceptable para los marcos de sentido compartidos por los habitantes (Meneses, 2018).

se echó a correr”, ya lo correteamos, ya llegamos a las vías y “no, pu’s ya se fue ese güey”, y pues ya de repente pu’s llega mi hermano, llega Pablo y ya éramos más, “no, pues ya se fue ese güey”, “no, pu’s que se vaya”, y dice mi hermano “pu’s vamos a ver para dónde se va”, y haz de cuenta si nos fuimos a las vías y no lo veíamos, ya hasta que salió de una calle y agarra y camina hacia allá, ya hacia al final de la unidad, pero del lado de las vías y haz de cuenta que dice “vamos a seguirlo tantito”, no que sí, y ahí va por los módulos, antes de llegar a los módulos y pasa una patrulla y le dijimos “oiga jefe, mire ese güey como que quería robar a una señora”, namás le inventamos ¿no?, “no, pues párelo”, pero haz de cuenta que había solo un policía en la patrulla y haz de cuenta que llega el de la patrulla y dice “ ah, bueno va” y llega y haz de cuenta que el güey va caminando y se le cierra así, pero haz de cuenta que se pone delante de él y el chavo este que agarra y se saca algo de atrás, así que baja a..., no, pero haz de cuenta que estaba un carro, o sea que... esconde abajo de una llanta esa madre, pero haz de cuenta que era un pinche cuchillón y haz de cuenta que llega el patrullero y lo empieza a basculear y le saca mota y le saca acá y haz de cuenta cuando vimos eso nos echamos a correr y que haz de cuenta que agarra el Lalo el cuchillo y haz de cuenta así como llegamos le dijimos “andabas buscando namás a quien chingarte ¿o qué?”, no, que el patrullero nada más nos vio y chingue “pum, pum [golpes]”, y como que le empezamos a pegar y nada más ese güey se echa a correr y en los módulos que lo agarramos, no y que ¿por qué traes este cuchillo?, ¿qué quieres, chingá?” y ya lo empezamos a chingar, ya sabes, le empezamos a decir chingadera y media y el policía decía “cállense”, “no jefe, vea lo que traía”, “no, que la chingada” y haz de cuenta pues que esa acción del ratero, luego le dimos una chinga y como el patrullero no tenía quién lo ayudara pidió refuerzos, llegaron un chingo de policías, pero haz de cuenta que hay un policía de aquí que iba con nosotros en el Bachilleres y es el encargado de aquí, y llega y “¿qué pedo, güey?”, porque el policía que nos dice “no que no hagan esto y esto”, y nosotros “cálmate güey” y llega y “no pues espérense, ¿qué pasó güey?”, “no pues es que estaba ahí en el 6 ese güey”, y dice “no pues, ¿a quién robaron?”, “no, pus a nadie pero pus ... pero como no era de acá, lo corrimos y ahorita que lo quiso atorar

este güey pues ve lo que sacó” y me dice “váyanse, váyanse porque si van a querer ver...”, no, pero pues haz de cuenta que cuando lo estaban madreando antes de que se metió a la calle donde antes de llegar a los módulos ahí lo agarramos, le empezamos a pegar y que en eso sale una señora de enfrente de una casa que dice “¡mátenlo, mátenlo!, uno de esos güeyes, por uno de esos güeyes mataron a mi hermano, ¡mátenlo señor, mátenlo!” y yo decía “chale...”, o sea imagínate qué tan duro había estado el pedo de la señora que decía mátenlo señor, mátenlo, por uno de ellos mataron a mi hermano, uno de ellos mató a mi hermano y dices “chale”, pues con más ganas le dábamos al güey este, ¿no? (entrevista a Gael en *La Unidad*, 30 de marzo de 2017).

Con Gael me ocurrió lo que otras colegas sociólogas y antropólogas han contado a propósito de su experiencia en campo: verse expuestas a intentos de seducción por parte de sus sujetos de investigación. Pero contrario a la incomodidad que estas colegas relatan, en mi caso más que estorbarme, sinceramente me facilitó el proceso de acercamiento, confianza y empatía, lo que no significó en ningún momento algún contacto de tipo sexual o amoroso. Así, movido por su fantasía, accedió a encontrarse conmigo varias veces ya fuera dentro o cerca de su casa para platicar, tomar un trago de cerveza, ir a una fiesta, ver algún partido de futbol o para darme una entrevista formal. Su manera de coquetearme sin provocarme temor era invitando a su compañera de departamento o a otros amigos suyos, conocidos míos, a estar presentes en varias de mis visitas. Mi manera de protegerme era portando mi argolla matrimonial, haciendo alusión a mi esposo y a mi familia, y frenando sutilmente cualquier intento de insinuación sin que ello representara cerrar completamente el canal de comunicación. El marco de nuestra empatía fue entonces el de sonrisas e intercambio fantasioso, amistoso y cargado de recuerdos de infancia. Gracias a esta apertura mía y a esta dimensión simpática y empática, me fue posible acceder a sus motivaciones y justificaciones para golpear a otros sujetos hasta el hartazgo, sin que esto representara una amenaza para mí ni para mi equipo de investigación durante el trabajo de campo.

Gracias a este lazo común que nos identificaba como viejos conocidos, de la misma edad, con experiencias, recuerdos y referentes compartidos, me fue posible empatizar con el victimario de otros sujetos que, en términos relacionales y no inamovibles, son sus víctimas, pero que en otros tiempos y circunstancias también aparecen como posibles victimarios de Gael y de los suyos. Y sí, debo confesar que empatizar con estos victimarios concretos de mi investigación fue posible y sin duda deseable en el afán de conocimiento y comprensión de una realidad que nos preocupa como parte del contexto cotidiano que predomina en nuestro país: el de la violencia.

#### CONSIDERACIONES FINALES

La violencia imperante en nuestro país está impactando profundamente en las diversas esferas de la vida de quienes aquí habitamos, y el ejercicio profesional no es la excepción. Es por ello que, para quienes nos dedicamos a la investigación social y a la construcción de conocimiento, ésta se nos impone a pesar de que no sea propiamente nuestro objeto de estudio, máxime cuando los objetivos de la investigación remiten específicamente a su tratamiento.

En este sentido, considero del todo urgente que sociólogos y antropólogos atajemos la violencia desde una posición comprensiva, y evitemos seguir repitiendo perspectivas de sentido común que simplemente llaman a la satanización, erradicación y descalificación de sus formas de expresión y de los sujetos identificados como sus generadores. Por el contrario, si comenzamos a des-esencializar la violencia y a pensarla como un elemento más del proceso de socialización de múltiples sujetos, grupos y comunidades, a partir del cual se aprende a actuar y responder de dicha forma, será más fácil identificar que en estos contextos, todos los involucrados participamos de sus formas de producción, reproducción y dotación de sentido. Por lo tanto, la dicotomía víctima-victimario se diluye como tal para dar paso a una posición relacional y mucho más dinámica, lo que implica que no siempre se es víctima ni victimario y que la experiencia, la palabra

y el sentido de ambas perspectivas será igualmente pertinente en términos de entendimiento de lo social.

Por lo tanto, no existe otro camino más que el acercamiento respetuoso y mesurado, pero cada vez más profundo, a los contextos en donde diversas formas de violencia tienen expresión, así como a los actores de esa violencia, sean víctimas o sean victimarios. Si logramos adentrarnos y comprender, antes que ideologizar o descalificar, la posibilidad de entablar relaciones empáticas entre investigadores y sujetos de conocimiento se verá facilitada, de lo cual se desprenderá –como una consecuencia positiva– una respuesta al dilema de la representación: cuando realmente conocemos y comprendemos algo o a alguien, los estereotipos se vuelven inútiles y hasta risibles. En pocas palabras, la representación no estereotipada de los contextos, las manifestaciones y los actores de la violencia tendría que ser el objetivo central de la investigación social.

Sin embargo, en el proceso de construcción de conocimiento se va haciendo presente un sinfín de cuestionamientos que hay que evidenciar, discutir y reflexionar, entre los que puedo mencionar sólo algunos: ¿cómo hacer etnografía en contextos de violencia?; ¿cómo sortear las tensiones que aparecen en tales contextos en tanto mujeres investigadoras?; ¿cómo evitar los puntos ciegos de la comprensión de la violencia, si sólo nos limitamos a trabajar con las víctimas?, y los victimarios ¿no son sujetos pertinentes para la investigación social?; ¿cómo comprender sus motivos, sus razones, sus valoraciones, si no nos acercamos a ellos con la disposición de escucha y la necesidad de entablar relaciones de confianza y de empatía?; ¿es posible empatizar con el victimario?

Más que respuestas y soluciones, las mujeres que hacemos investigación en contextos de violencia tenemos mucho que compartir en términos teóricos, metodológicos, políticos, institucionales, éticos y personales. Es necesario que se considere nuestra experiencia en torno al conocimiento de la violencia, con el fin de aportar teórica y metodológicamente a quienes como nosotras están interesados en adentrarse a conocer tales contextos, y a que se tomen las medidas



institucionales necesarias para que juntos hagamos frente a tales imperativos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Elijah (2000). *Code of the Street. Decency, Violence, and the Moral Life in the Inner City*. Connecticut: Yale University.
- Auyero, Javier, y María Fernanda Berti (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz.
- Bourdieu, Pierre (1999). "Comprender". En *La miseria del mundo*, coordinado por Pierre Bourdieu, 527-543. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.,
- Bourgois, Philippe (2009). "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas". En *Guatemala: violencias desbordadas*, coordinado por Julián López García, Santiago Bastos y Manuela Camus, 29-62. Córdoba, España: Universidad de Córdoba.
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Cano, Ignacio, y Thais Duarte (2012). *No sapatinho. A evolução das milícias no Rio de Janeiro [2008-2011]*. Río de Janeiro: Heinrich Böll Stiftung-LAV.
- Castañeda, Patricia (2012). "Etnografía feminista". En *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, coordinado por Norma Blázquez Graf, Fátima Flores y Maribel Ríos, 217-238. México: CEIICH-UNAM.
- Duneier, Mitchell (1999). *Sidewalk*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Ferrándiz, Francisco (2008). "La etnografía como campo de minas: de las violencias cotidianas a los paisajes posbélicos". En *Retos teóricos y nuevas prácticas*, coordinado por Margaret Bullen y Carmén Díez Mintengui, 89-115. XI Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (FAAEE). Ankulegi Antropologia Elkarte. Disponible en: <<http://digital.csic.es/handle/10261/21666>>.
- Galindo, Jesús (1987). "Encuentro de subjetividades, objetividad descubierta. La entrevista como centro de trabajo etnográfico". *Estudios sobre las culturas contemporáneas* I (3): 151-183.
- Geertz, Clifford, (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- González, Everardo (2017). *La libertad del diablo*. México: Artegios.
- Haraway, Donna (1995). "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Meneses Reyes, Marcela (2018). "Jóvenes, violencia y espacio público en unidades habitacionales populares de la Ciudad de México". En *Jóvenes y espacio público*, coordinado por Jahel López y Marcela Meneses Reyes, 107-124. México: CEIICH-IISUNAM.
- Newman, Katherine (1999). *No Shame in My Game. The Working Poor in the Inner City*. Nueva York: Vintage Books.
- Reguillo, Rossana (1991). *En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara: ITESO.
- Reguillo, Rossana (2012). "Navegaciones errantes. De músicas, jóvenes y redes: de Facebook a Youtube y viceversa". *Comunicación y sociedad* 18, nueva época (julio- diciembre): 135-171.
- Rojido, Emiliano, e Ignacio Cano (2016). "En el punto de mira: desafíos éticos y metodológicos de la investigación de campo en contextos de violencia". En *Vulnerabilidad y violencia en América Latina y el Caribe*, coordinado por Markus Gottsbacher y John de Boer, 31-58. México: Siglo XXI Editores.
- Shoshan, Nitzan (2015). "Más allá de la empatía: la escritura etnográfica de lo desagradable". *Nueva Antropología* 28 (83) (julio-diciembre): 147-162.
- Tarrés, María Luisa (Coord.) (2004). *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: Flacso/El Colegio de México.
- Vela Peón, Fortino (2004). "Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa". En *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, coordinado por María Luisa Tarrés, 63-95. México: Flacso/El Colegio de México.
- Wacquant, Loic (2012). *Merodeando las calles. Trampas de la etnografía urbana*. Madrid: Gedisa.
- Whyte, William Foote (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Editorial Diana.
- Zubillaga, Verónica (2003). "Un testimonio reflexivo sobre la experiencia de construir historias de vida con jóvenes de vida violenta". *Revista Mexicana de Sociología* 2003 (002): 305-338.